

# El Caballero Carmelo



Versión en  
Lectura Fácil

**PROMOVIENDO LA INCLUSIÓN  
Y LA ACCESIBILIDAD CULTURAL**

**FOMENTO DE LA LECTURA  
EN PERSONAS CON  
DISCAPACIDAD INTELECTUAL**

El Caballero Carmelo  
Versión en Lectura Fácil

Adaptación realizada por  
Norka Calderón

CON EL APOYO DE:

Proyecto ganador de Estímulos  
Económicos para la Cultura 2021



PERÚ

Ministerio de Cultura

# El Caballero Carmelo

## Capítulo 1

Un día, después del desayuno,  
cuando el sol empezaba a calentar,  
vimos aparecer a un hombre montado en su **caballo de paso**.  
Avanzaba desde el fondo de la pequeña plaza hacia la casa.

El hombre tenía un pañuelo en el cuello y una bolsa de tela grande.  
Lo reconocimos, era el hermano mayor  
que volvía a casa después de mucho tiempo.

Salimos a recibirlo gritando:

- ¡Roberto, Roberto!

Roberto entró en el patio de piso de piedra y bajó del caballo.

¡Mi madre estaba feliz!

Lo tocaba y acariciaba su piel bronceada.

Ella pensaba que Roberto estaba viejo, triste y delgado.

Con su ropa llena de polvo, Roberto caminaba por las habitaciones  
y nosotros íbamos con él.

Fue a su cuarto, pasó al comedor y vio los objetos comprados  
durante su ausencia.

Cuando llegó al jardín preguntó:

- ¿Y la **higuerilla**?

Buscaba entristecido aquel árbol,  
cuya semilla él mismo sembró antes de partir.

Todos reímos y le respondimos:

- ¡Estás bajo la higuerilla!

El árbol había crecido y se mecía con el viento que venía del mar.

Mi hermano tocó el árbol y limpió las hojas que rozaban su cara.

Luego, volvimos al comedor.

Sobre la mesa estaba su bolsa.

Roberto sacaba paquetes y los entregaba a cada uno de nosotros.

¡Qué cosas tan ricas trajo de su viaje!

De la quebrada de Humay, trajo quesos frescos y blancos, envueltos con paja de cebada.

De Chincha baja, dulces de coco, nueces, maní y almendras.

También **frijoles colados** dentro de calabacitas con tapas pintadas de dulce.

Bizcochuelos dulces de yema de huevo y harina de papa, en sus cajas de papel.

Figuras de santos hechos en "**pedra de Guamanga**" en alguna feria serrana.

Cajas de manjar blanco, tejas rellenas y una cuerda para gallo con los colores blanco y rojo.

Todos recibíamos el regalo, cuando Roberto decía nuestro nombre:

- Para mamá, para Rosa, para Jesús, para Héctor.

- ¿Y para papá? -le preguntamos cuando terminó.

- Nada, respondió.

- Cómo ¿nada para papá?

Roberto sonrió, llamó al sirviente y le dijo:

- ¡El Carmelo!

El sirviente trajo una jaula y sacó un gallo.

Fuera de la jaula, el gallo estiró sus patas, agitó las alas y cantó muy fuerte:

- ¡Cocorocó!...

- Para papá, -dijo mi hermano.

Así entró en nuestra casa el Caballero Carmelo.

Un gallo que fue amigo inseparable de nuestra infancia y que recordamos como una sombra con alas y triste, cuya historia se merece contar.

## Capítulo 2

Amanecía en **Pisco** con alegría.

En la madrugada, con los primeros rayos de sol,  
sentíamos los pasos de mi madre en el comedor  
preparando el café que papá tomaba antes de irse a la oficina.  
Luego, ella despertaba a la criada.

Se oía el canto del gallo, que a veces era contestado  
por otros gallos de la vecindad.

Se sentía el ruido del mar,  
el frescor de la mañana,  
la alegría sana de la vida.

Mi madre venía a nuestro cuarto  
y nos hacía rezar arrodillados en la cama,  
con nuestros pijamas de color blanco.  
Luego nos vestíamos.

La voz del panadero se escuchaba a lo lejos.

El panadero llegaba a la puerta y saludaba.

Era un viejo dulce y bueno.

Mi madre decía que, desde hace muchos años,  
el panadero llegaba todos los días a la misma hora  
montado en su burro,  
trayendo el pan calentito y sabroso.

También llevaba dos canastas de acero,  
llenas de toda clase de pan:

**hogazas**, pan fresco, pan de mantecado, rosquillas.

Mi madre elegía el pan y mi hermana Jesús lo recibía en la canasta.

El panadero se iba.

Dejábamos el pan sobre la mesa del comedor,  
que tenía un mantel de plástico brillante.

Después, alimentábamos a los animales.

Cogíamos el maíz entero, separábamos los granos en un cesto y entrábamos al corral, donde los animales nos rodeaban. Las palomas volaban y las gallinas se picoteaban por el grano. Los conejos se escondían entre las gallinas. Después de comer, los animales hacían grupo alrededor nuestro. Venía la cabra, sobando su cabeza en nuestras piernas. Piaban los pollitos. Los conejos blancos, con sus largas orejas y sus redondos ojos brillantes, se acercaban con temor. Los patitos recién nacidos y amarillos como yema de huevo, trepaban en una vasija con agua. El Carmelo cantaba desde su rincón. El pavo, orgulloso, exagerado y antipático, nos despreciaba.

Aquel día, mientras mirábamos a los tranquilos animales, se escapó del corral el Pelado, que era un pollo sin plumas, flaco y goloso, pero impulsivo y escandaloso. Ese día, mientras los animales comían el grano en el corral, el Pelado se escapó para buscar mejor comida, se subió en la mesa del comedor y rompió varios platos y tazas.

En el almuerzo no se habló del asunto. Cuando mi padre supo lo que había hecho el Pelado, dijo: - Nos lo comeremos el domingo. Anfiloquio, mi primer hermano que era dueño del Pelado, lo defendió, suplicante y lloroso. Dijo que era un gallo que haría espléndidas crías. Que, desde la llegada del Carmelo, todos miraban mal al Pelado, que antes era la esperanza del corral y el único que mantenía la grandeza de la raza y de la sangre fina. En defensa del Pelado, decía:

- ¿Por qué no matan a los patos, que solo ensucian el agua.  
Ni al cabrito, que el otro día aplastó a un pollo.  
Ni al chancho que ensucia todo y solo sabe comer y gritar.  
Ni a las palomas que traen mala suerte?

Se explicaron razones.

El cabrito era un bello animal de piel suave, alegre,  
simpático e inquieto, cuyos cuernos apenas hincaban.  
Además, no estaba comprobado que había matado al pollo.  
El chancho gordo había sido criado en casa desde pequeño.  
Las palomas con sus alas de abanico, decoraban de blanco  
se subían a la **cornisa** y cantaban en voz baja,  
hacían sus nidos con amoroso cuidado  
y se sacaban el maíz del buche para darlo a los polluelos.

El pobre Pelado estaba condenado.

Mis hermanos le pidieron a mi padre que lo perdonase,  
pero lo que rompió era valioso  
y mi hermano Anfiloquio no lo podía defender más.  
Entonces, Anfiloquio inclinó la cabeza  
y dos gruesas lágrimas cayeron sobre el plato.  
Él aguantó las ganas de llorar.

Callamos todos.

Mi madre se levantó y se acercó a él,  
lo besó en la frente y le dijo:

- No llores; no nos comeremos a tu pollo.

### Capítulo 3

Quien sale de la pequeña plaza sin nombre  
que está cerca de la Estación de Pisco  
y dobla por la calle del Castillo,  
encuentra al final de la calle un parquecito,

donde quemaban a Judas  
el Domingo de Pascua de Resurrección.  
Es un lugar solitario,  
en cuya arena brotan algunas **malvas** silvestres.

Al final del parquecito está el puerto.  
Siguiendo hacia el sur,  
se va por un camino estrecho y arenoso  
que tiene el mar a la derecha,  
y una angosta e inclinada faja de tierra,  
a veces **fértil** y otras veces seca, a la izquierda.  
Detrás de la faja de tierra, hacia el oriente, está el desierto  
en cuya entrada hay pocas palmeras delgadas,  
alguna higuera robusta y enana, y los **toñuces**,  
siempre coposos y frágiles.

Flota en el terreno la “**hierba del alacrán**”,  
que es verde y jugosa al nacer,  
quebradiza en sus mejores días,  
y roja como sangre de buey en la vejez.  
En el fondo del desierto,  
las palmeras se unen en pequeños grupos,  
tal como lo hacen los viajeros al cruzarlo y  
los hombres ante el peligro.

Siguiendo el camino, se ve en la costa una aldea  
llamada San Andrés de los Pescadores,  
con sus cabañas hechas de caña y estera,  
entre la orilla del mar y el desierto.  
Allí, aumentan las palmeras y las higueras dan sombra  
a los hogares de gente sencilla.  
En la puerta de las cabañas, está el bote pescador,  
limpio y brillante, con sus velas dobladas y sus remos tendidos.  
Entre los remos están el timón y las sogas,

retorcidas como serpientes que duermen.

El bote está cubierto con la red del pescador,  
que tiene colgados pedazos de **corcho** en los bordes.

A mediodía, cuando dan ganas de dormir bajo sombra,  
el pescador abuelo teje la red junto al bote.

La abuela raspa el lomo del pescado traído la noche anterior  
y las escamas saltan al sol como chispas,  
mientras el perro huele los desechos.

Al lado, en el corral cercado con enormes huesos de ballenas,  
los chiquillos desnudos trepan sobre el asno  
o se queman al sol en la orilla.

Bajo la **ramada**, el más fuerte pule un remo.

La muchacha, fresca y ágil, saca agua del pozo  
y las gaviotas recorren la casa humilde dando gritos extraños.

Junto al bote duerme el pescador,  
abrigado por la brisa caliente  
y por el tibio vapor de la arena.

Tiene la cara tostada por el aire y el sol.

Su boca entreabierta deja pasar la respiración tranquila  
y el fuerte pecho desnudo se levanta con el ritmo de la Vida,  
el más armonioso que Dios ha puesto sobre el mundo.

Las personas no caminan por las calles al mediodía  
y nada molesta la paz de aquella aldea de pocos habitantes.

En mi tiempo no había Iglesia, ni sacerdote.

La gente de San Andrés iba al puerto los domingos al amanecer,  
con los burros cargados de **corvinas** frescas.

Después, en la capilla, cumplían con Dios.

Eran gente buena, de rostros dulces y mirar tranquilo,  
indios de raza pura, descendientes de los hijos del Sol,  
que cruzaban a pie todos los caminos,  
como en la Edad Feliz del Inca.

Atravesaban la costa en grandes grupos

para llegar al templo del buen **Pachacamac**,  
con la ofrenda en la bolsa,  
la pregunta en la memoria y la fe en el espíritu sencillo.

Jamás se pelearon entre ellos.

Morales y justos, el marido siempre besó solo a su esposa,  
y el amor era tan normal y tranquilo como el agua de sus pozos.  
Sin ayuda de **parteras**, las mujeres daban a luz niños saludables,  
que respiraban aires marinos y crecían sobre la arena caliente,  
bajo el sol, hasta que aprendían a lanzarse al mar  
y a manejar los botes pequeños  
que les enseñaban a dominar las olas.

Jóvenes, musculosos, inocentes y buenos,  
pasaban su juventud hasta que el cura de Pisco  
casaba a las parejas que formaban un nuevo hogar,  
compraban un asno y se lanzaban a la felicidad.  
Los ancianos veían pasar las horas,  
y desde la playa, miraban con ojos llorosos el mar,  
al cual no intentaban volver nunca.  
Al anochecer de cada día lloraban,  
dejando pasar la vida llena de experiencia,  
sin fe, lamentándose siempre del mal eterno,  
pero inactivos, inmóviles, estériles y solos.

## Capítulo 4

Esbelto, delgado, musculoso y justo,  
su afilada cabeza roja era la de un señor orgulloso,  
amable, justiciero y prudente.  
Agallas rojizas, delgada cresta de color encendido,  
ojos vivos y redondos, mirada fiera y perdonadora,  
pico agudo y afilado.

La cola hacía un arco de plumas brillantes,  
su cuerpo de color rojizo avanzaba en el pecho audaz y duro.  
Las piernas fuertes, cubiertas de escamas,  
parecían las de un armado caballero medieval.

Una tarde, después del almuerzo, mi padre nos dio la noticia.  
Había aceptado una apuesta para la jugada de gallos de San Andrés,  
el 28 de julio.

No pudo evitarlo. Le habían dicho que el Carmelo,  
cuyo prestigio era mayor que el del alcalde,  
no era un gallo de raza.

Eso molestó a mi padre, discutió y aceptó la apuesta.  
Dentro de un mes pelearía el Carmelo con el Ajiseco,  
famoso gallo vencedor, de otro criador de gallos de pelea.  
Nosotros recibimos la noticia con profundo dolor.

El Carmelo iría a un combate para pelear a muerte, cuerpo a cuerpo,  
con un gallo más fuerte y más joven.

Hacía ya tres años que estaba en casa,  
el Carmelo había envejecido mientras nosotros crecíamos.  
¿Por qué aquella crueldad de hacerlo pelear?

Llegó el terrible día.

Todos en casa estábamos tristes.

Un hombre había venido seis días seguidos  
para preparar al Carmelo.

A nosotros ya no nos permitían verlo.

El día 28 de julio, por la tarde, vino el entrenador.

De una caja llena de algodones sacó la navaja,  
que era una media luna de acero con unas pequeñas correas.

El hombre la limpiaba, probándola en la uña, delante de mi padre.

A los pocos minutos, en silencio, con una calma trágica,  
sacaron al gallo que el hombre cargó en sus brazos como a un niño.

Un criado llevaba la navaja y mis dos hermanos le acompañaron.

- ¡Qué crueldad! -dijo mi madre.

Mis hermanas lloraban.

Jesús, la más pequeña, me dijo en secreto, antes de salir:

- Oye, ¡anda junto con él. Cuídalo. ¡Pobrecito!

Se llevó la mano a los ojos y se echó a llorar.

Yo salí rápido y tuve que correr unas cuadras para alcanzarlos.

Llegamos a San Andrés. El pueblo estaba de fiesta.

Sobre las casas había banderas peruanas.

El día de la Patria se celebraba con una gran jugada de gallos, a la que iban todos los **hacendados** y ricos hombres del valle.

En quioscos, decorados con arcos de sauce, vendían chicha de bonito, **butifarras** y pescado fresco asado en brasas y bañado en cebollones y vinagre.

La gente, habladora y adornada con sus mejores trajes, invadía los quioscos.

Los pescadores lucían camisetas nuevas de rayas rojas y blancas, sombreros de junco, sandalias y pañuelos anudados al cuello.

Fuimos hasta la cancha.

Una higuera, con muchas hojas y ramas dobladas como arcos, daba acceso a la arena donde se hacían las peleas.

Mi padre, rodeado de algunos amigos, se instaló.

Al frente estaba el juez y a su derecha el dueño del Ajiseco.

Sonó una campanilla, la gente se acomodó y empezó la fiesta.

Dos hombres salieron por lugares opuestos, cada uno llevaba un gallo y los lanzaron al ruedo haciendo un gesto particular.

Brillaron las cuchillas, los gallos se miraron.

Sus cuerpos eran débiles y uno de ellos cantó.

El otro respondió colérico, echándose al medio de la arena.

Se miraron fijamente, alargaron los cuellos con las plumas levantadas y se atacaron.

Hubo ruido de alas, plumas que volaron, gritos de la gente y, a los pocos segundos de agitada lucha, cayó uno de ellos.

Su cabecita afilada y roja besó el suelo y el juez dijo:

- ¡Ha enterrado el pico, señores!

El gallo vencedor batió las alas.

La multitud entusiasmada aplaudió y ambos gallos, sangrando, fueron sacados del ruedo.

La primera pelea había terminado.

Ahora le tocaba a nuestro gallo, el Caballero Carmelo.

En la arena se escucharon gritos:

- ¡El Ajiseco y el Carmelo!

- ¡Cien soles de apuesta!

Sonó la campanilla del juez y yo empecé a temblar.

En medio de la curiosidad general, salieron dos hombres, cada uno llevando a su gallo.

Se hizo un profundo silencio y soltaron a los rivales.

Nuestro Carmelo era un gallo viejo y débil, comparado con el Ajiseco.

Todos apostaban al enemigo, como augurio de que nuestro gallo iba a morir.

Alguna persona anunció el triunfo del Carmelo, pero la mayoría de las apuestas favorecía al Ajiseco.

Una vez frente al enemigo, el Carmelo empezó a picotear, agitó las alas y cantó muy fuerte.

El otro, que no parecía un gallo fino de raza distinguida, hacía cosas tan vanidosas que parecía humano:

Miraba con desprecio a nuestro gallo y se paseaba como dueño de la cancha.

Se avivaron los ánimos de los gallos, llegaron al centro y alargaron sus erizados cuellos, tocándose los picos sin perder terreno.

El Ajiseco inició la lucha.

La gente miraba en silencio la pelea y yo rogaba a la Virgen que protegiera a nuestro viejo gallo.

El Carmelo peleaba como un experto luchador,

acostumbrado a las artes arriesgadas de la guerra.  
Cuidaba poner las patas armadas en el pecho del gallo enemigo.  
Jamás picaba a su adversario -que tal cosa es cobardía-,  
mientras que el Ajiseco, bravucón y necio,  
todo quería hacerlo a aletazos y golpes de fuerza.  
Agitados, los dos gallos se detuvieron un segundo.  
Un hilo de sangre corría por la pierna del Carmelo.  
Estaba herido, pero parecía no darse cuenta de su dolor.  
Se hicieron nuevas apuestas en favor del Ajiseco  
y la gente felicitaba a su dueño.  
En su nuevo encuentro, el Carmelo cantó,  
se acordó de sus tiempos y atacó con tal furia  
que desbarató al otro de un solo impulso.  
El Ajiseco se levantó y la lucha fue cruel e indecisa.  
Por fin, una herida grave hizo caer al Carmelo.  
- ¡Bravo!  
- ¡Bravo el Ajiseco! -gritaron sus admiradores,  
creyendo ganada la prueba.  
Pero el juez, atento a todos los detalles de la lucha  
y respetuoso de las reglas, dijo:  
- ¡Todavía no ha enterrado el pico, señores!  
En ese momento el Carmelo se paró.  
Su enemigo, como para humillarlo, se le acercó sin hacerle daño.  
Nació entonces, en medio del dolor de la caída,  
todo el coraje de los gallos de **Caucato**.  
El Carmelo se paró, como un soldado herido,  
atacó de frente y definitivo al Ajiseco,  
con una estocada que lo dejó muerto en el sitio.  
Entonces, el Carmelo que sangraba mucho, se dejó caer,  
después que el Ajiseco había enterrado el pico.  
La jugada estaba ganada  
y un grito interminable se levantó en la cancha.  
Felicitaron a mi padre por el triunfo,  
y, como esa era la jugada más interesante,

la gente se retiró de la arena.

Por todos lados se oía un grito entusiasta:

- ¡Viva el Carmelo!

Yo y mis hermanos lo recibimos y lo llevamos a casa,  
atravesando el pesado camino por la orilla del mar,  
y soplando aguardiente bajo las alas del triunfador que desfallecía.

## Capítulo 5

Dos días estuvimos cuidando mucho al gallo herido.

Mi hermana Jesús y yo le dábamos maíz.

Se lo poníamos en el pico,

pero el pobrecito no podía comerlo, ni pararse.

Todos en la casa estábamos muy tristes.

El segundo día, después del colegio,

cuando fuimos yo y mi hermana a verlo,

lo encontramos tan decaído que nos hizo llorar.

Le dábamos agua con nuestras manos, le acariciábamos

y le poníamos granos rojos de granada en el pico.

De pronto el gallo se paró.

Caía la tarde y por la ventana del cuarto donde estaba,

entraron los últimos rayos del sol antes de anochecer.

El Carmelo se acercó a la ventana, miró la luz,

agitó débilmente las alas y estuvo largo rato mirando al cielo.

Luego abrió nerviosamente las alas de oro,

se enseñoreó y cantó.

Retrocedió unos pasos,

inclinó el cuello brillante sobre su pecho, tembló,

cayó y estiró sus débiles patitas escamosas.

Así, mirándonos amoroso, murió tranquilamente.

Echamos a llorar.

Fuimos en busca de mi madre y ya no lo vimos más.

La comida de aquella noche fue muy triste.

Mi madre no dijo una sola palabra y,

bajo la luz amarilla del lamparín,

todos nos mirábamos en silencio.

Al día siguiente, en la madrugada,

no se oyó su canto alegre.

Así pasó por el mundo aquel héroe ignorado,

aquel amigo tan querido de nuestra niñez:

El Caballero Carmelo, flor y nata de caballeros,

y último hijo de aquellos gallos de sangre y raza,

cuyo prestigio acordado por todos,

fue orgullo de todo el verde y fecundo valle de Caucaito,

durante muchos años.

# El Caballero Carmelo



Versión en  
Lectura Fácil